



QUIMERA

NOVELA POR ENTREGAS

por Antonio Moreno Álvarez

Capítulo 8

Suerte, Deckard

No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero me habían cambiado de vehículo, ahora iba volando, seguro, pero no veía hacia dónde me llevaban. Tampoco sabía cuántas horas llevaba de viaje y cuánta sangre habría perdido. Estos animales dejarían que me desangrara sin mover un dedo. Volví a cerrar los ojos.

El vehículo aéreo tomó tierra en un colchón de aire y cuando se detuvo por completo, las puertas se abrieron. Estaba en una gran sala sin ventanas, parecía un aparcamiento subterráneo hecho de algo parecido al cemento pero de color ocre. Allí había un montón de pacificadores en posición de guardia y varios con una insignia médica esperaban al lado de una especie de camilla con ruedas de oruga. Tras los saludos militares típicos entre varios de ellos, uno me “entregó” a uno de los oficiales y los que parecían médicos me tumbaron en la camilla y la dirigieron por unos pasillos de plástico verde oscuro, todo con esa luz mortecina blancuzca que salía de las uniones de las paredes con el techo y el suelo. No decían nada, todos estaban serios, en silencio. La camilla y los médicos se detuvieron en una sala más iluminada, llena de aparatos y médicos, vestidos con el típico traje sanitario color azul de los cirujanos militares.

Comenzaron a cortar el traje con una especie de tijeras de podar, todo muy eficiente, todo con las palabras justas, sin dirigirse en ningún momento a mí. Estaban descubriendo la piel en la zona del final del estómago donde había mucha sangre. Fue cuando me pusieron una mascarilla, en la nariz y la boca y me quedé dormido.

Sueños. Un lugar lleno de cosas de aspecto de cuero, unas protuberancias en el suelo. Las cosas están selladas. Suaves al tacto. ¿Ves lo que hay dentro? Intento abrir una de ellas. No se abre. No lo abras, no



sabes lo que hay dentro. La superficie opaca cambia, se hace visible un objeto en su interior. Carne y sangre. Eso parece. ¿Qué opinas? No sé, no parece nada que haya visto antes. Pequeño, de unos quince centímetros, se mueve en un líquido pastoso de color rosáceo. Siento miedo.

Sueños. Tengo frío. Me duele la cabeza. Luces de muchos colores en un espacio vacío. Las estrellas. Hacía años que no las veía. Nunca salí de la Tierra. No me gustaba. Prefería las luces artificiales al brillo fuerte y continuo del sol. Noviembre. Finales. Pronto hará más frío y quizás nieve. Blanca nieve. Cielo blanco. Frío.

Me desperté de nuevo en una cama de hospital. Tenía un montón de sondas capilares por todas partes. Me dolían las tripas como si me hubieran arrancado el estómago por el ombligo, y la cabeza como si un tambor gigante estuviera cayendo por unas escaleras. Notaba la boca muy seca y cuando fui a tocarme la cabeza, encontré un fibroplasto circular que me rodeaba toda la cabeza a la altura de la frente. Levante las sábanas y vi que me habían colocado un emplaste nuevo en la entrepierna. Uno de color transparente, con una especie de gel celeste en su interior. Mirando con atención podía ver que me habían unido con carne sintética la gran herida. En toda mi vida había ido al médico unas tres o cuatro veces, siempre había estado sano, supongo que por miedo a enfermar e ir a ver a esos carniceros. Ahora estaba pagando todas las visitas que jamás les hice. En cuestión de días me habían cortado varias veces, herido, puesto implantes, vuelto a cortar y ahora de nuevo en una maldita cama de hospital.

Tenía que salir de aquí, sabía que esta gentuza no debía ser tan habladora y amable como los difuntos de la lanzadera. ¿Merece tanto la pena lo del skinny? Seguro que debía haber algo más, pero nadie soltaba ni palabra. Me incorporé un poco para ver qué se veía por la puerta de la habitación. Dos pacificadores de pie, mi escolta particular. ¿Ventanas? No había.

-Bonitas vistas –dije en voz alta.

Al oírme, entró uno de los pacificadores, me miró y volvió a salir.

-Avisa al oficial de guardia. Ha despertado –dijo con voz recia y segura el que había entrado al otro pacificador.

Tras hacerme una revisión más detallada de qué partes estaban enteras y cuáles parcheadas, llegué a la conclusión de que me habían quitado la placa metálica del brazo y me habían añadido un bonito fibroplasto en la frente, por lo demás, todo parecía estar en orden. Al cabo de un rato entró un pacificador con un brazalete de plástico rojo en la



bocamanga. Los dos de la puerta entraron con él.

-¿Puede hablar? –preguntó el oficial.

-Si me traen un poco de agua, hablaré mejor –con la voz recia de tener la garganta seca.

-No puede beber –contestó el oficial que, sin mediar palabra, le dio a un botón que había en una consola a los pies de la cama. Eso hizo que del techo bajara un pequeño monitor plano de alta definición.

Cuando la pantalla se aclaró, el oficial salió seguido de sus soldaditos. En el monitor se veía la cara de Finger. Un escalofrío me recorrió la espalda al verlo. Llevaba el uniforme de alto rango de pacificador.

-Señor Deckard -dijo Finger saludándome con la cabeza -, ¿cómo se encuentra?

-Pues, usted dirá, estoy para un baile -intentando mostrarme afable, aunque creo que no podía ocultar demasiado mi tensión al verlo.

-Necesito hacerle unas preguntas –replicó en tono serio, sin prestar atención a mi comentario frívolo.

-Esta vez no tiene el T-F Tester a mano, ¿eh? -chasqueando la lengua-. No creo que el uniforme que lleva se creara para cometer todos los crímenes que lleva a sus espaldas.

-¿Dónde está el skiny? –preguntó sin reaccionar a lo que le había dicho.

-¿El skiny? –comenzando a reírme-. El skiny soy yo, imbéciles, ¿o es que todavía no os habéis dado cuenta?

-Señor Deckard, no está usted en posición de...

-Así que la primera vez que nos vimos, le había ayudado Michelle, ¿verdad? Hijos de puta, no sólo le metisteis algo en la cabeza, sino que la utilizasteis como un objeto –dije subiendo el tono hasta ponerme rojo de ira.

-Si no colabora, tendremos que... prescindir de usted –contestó mientras se ponía la mano en la barbilla.

-Pues matenme ya, desde el principio no han hecho más que prescindir de mí y de todos, somos para ustedes material de usar y tirar. Con sus reglas de juego, otro vendrá antes o después que pres-cin-di-rá de su lindo culo y le pegará un tiro o lo quemará con un láser, y entonces, esté aquí o en el otro barrio, yo me reiré en su tumba.

-Con su actitud, sólo complica más las cosas. –contestó fríamente echándose hacia atrás en su sillón.

Fue en ese momento en el que me di cuenta de algo. Estos cabrones no me habrían cosido por nada. ¿Qué ha cambiado desde que intentaron volarme la cabeza en el local de Juan hasta ahora? Algo fuera ha cambiado drásticamente, o quizás les interesa algo que me hayan puesto en el cuerpo



en la base espacial, o... Claro, por eso tengo este vendaje en la cabeza, seguro que es eso. O hay algo que necesitan para localizar al skiny. Si no les hiciera falta realmente, podrían haber puesto a funcionar a una veintena de programadores mejores que yo, incluso ya los debían tener trabajando del propio departamento de pacificadores. ¿Entonces por qué me siguen buscando, qué les puedo ofrecer yo que no tengan los otros programadores? Seguro que tiene que ver con el vendaje del coco. Caí en la cuenta de que en cuanto pillaran al skiny yo era hombre muerto. Así que tenía que sacar ventaja de la situación, para intentar al menos salvar el pellejo.

A veces, la mente me juega malas pasadas, en la circunstancia en la que me encontraba, y lo único que se me vino a la cabeza fue la palabra "skiny", una palabra del original inglés que luego se modificó hasta la actual. Se comenzó a usar, cuando los piratas informáticos comenzaron a buscar sólo información en la red, y el sistema comenzó a ocultar más y más los datos, la palabra era jerga que significaba: información, hechos. Curioso, supongo que había relacionado "salvar el pellejo" con "skiny", por aquello de que skin es piel...

-¿Deckard...? –preguntó al verme tan absorto.

-Bien, necesito un ordenador conectado a la red para trabajar en un par de pistas que tengo sobre códigos holográficos. Ah, y algo de música, unos microauriculares conectados a la base datos musical global –dije por fin, intentando que sonara convincente.

-Estando mirando cada letra que escriba en ese aparato y le informo que es su última oportunidad. Un error, sólo uno, y se acabó Deckard. ¿O necesito recordarle lo que sucedió cuando se le localizó en aquel local? –contestó Finger apagando el monitor de un manotazo en algún interruptor que no veía.

-Se me ha olvidado pedirle un palo para metérselo por el culo –dije entre dientes, tenso, sin saber muy bien cómo podía seguirle el juego a esta gente.

Me quedé un rato pensando. El-Abuelo sí que podría darme algunas respuestas. Sabe cosas de la historia reciente y pasada que ya nadie cuenta. ¿Dónde andaría ese viejo barbudo? Dejé de pensar porque me dolía la cabeza y además entró un pacificador con una bandeja de comida. Abrió una sección plana de la cama y encima de ella colocó la bandeja, mirándome serio a los ojos. El joven no tendría más de veinte años, pelo muy corto y el uniforme le quedaba más ajustado de lo normal.

-¿Podrían traerme un monitor, para ver la noticias y tal...? –pregunté mientras miraba la bandeja con el menú del día, pastas de colores y un bote de líquido azulado. El joven no dijo nada, pero por un instante dudó.



Iba a salir, pero antes de hacerlo se giró hacia mí.

-Lo consultaré con el oficial de guardia –carraspeando para aclararse la garganta.

Tras cerrar la puerta tras de sí, me quedé a solas con la comida, en silencio. Entonces, la forzada pantalla de euforia y charlatanería se me vino abajo. Me sentí tremendamente triste y pequeño. Pensé que sería por el estrés de los últimos días, las operaciones, los antivirales o cualquier otra cosa que me hubieran echado en las cañerías de sangre del cuerpo. Miraba los cajoncitos con pasta de colores, el bote de bebida, los cubiertos de plástico verde y me sentí angustiado y desamparado. Recordé a Michelle con sus labios rojos y carnosos, sonriendo antes de que se marchara a Suecia, con aquel vestido que le regalé, uno con tirantes y muy escotado de color azul y ocre. Veía su cara radiante tras haber terminado su disertación en la red sobre biotecnología y cómo, cuando terminó, se acercó a mí y me abrazó. Vi a El-Abuelo, comiendo en su casa, recordaba sus risotadas cuando algo le hacía gracia. Vi a Eve, pero no me gustaba pensar en ella, me había traicionado. Sentía tanta pena que, en silencio, comencé a llorar. Las lágrimas me salían a borbotones y, en silencio, lloraba como si toda la tensión acumulada intentara salir por alguna parte. Cuando me quedé sin lágrimas, me limpié la nariz con el brazo derecho y los ojos con ambas manos. Cogí la sábana y terminé de limpiarme la cara. Miré la comida y me di cuenta de que no tenía hambre. Me bebí el líquido azulado y eso me sentó bien.

Al cabo de un buen rato, en el que me quedé mirando la comida obsesivamente, entró el oficial de guardia.

-¿Se encuentra bien? ¿Llamo al oficial médico? –preguntó serio. Y como no contesté continuó hablando, incómodo por el silencio-. Ha pedido ver las noticias de la red Lo siento, pero no he recibido autorización para ello. Tendrá un ordenador y la conexión musical dentro de una hora.

-¿Cómo se llama?

-Capitán León Herzea.

-Váyase a la mierda, capitán pacificador León Herzea –dije entre dientes.

El oficial se giró y salió de la sala. Levanté la cabeza y comencé a buscar microcámaras en la habitación. Había tres, cada una en una pared, pequeñas como una moneda. Sin que se notara, mientras simulaba que comía, cogí el cuchillo de plástico y lo metí bajo las sábanas, usando el barrote lateral de la cama que quedaba oculto lo rompí en dos trozos. Cogí la parte del mango y la enterré ligeramente en una de las pastas, para que pareciera que lo que faltaba del cuchillo estaba hundido en la pasta. Lo mismo hice con el tenedor. Así, me quedé con la mitad de un tenedor y la



mitad de un cuchillo debajo de las sábanas. Suponía que una vez que comprobaran que no faltaba nada, tirarían toda la bandeja al incinerador. Escondí los dos trozos en un lateral del fibroplasto de la entrepierna, entre la carne y el propio tejido.

Estaba echando una pequeña siesta, cuando vinieron a recoger la bandeja y a traer un pequeño ordenador y un par de microauriculares. El pacificador que recogió la bandeja la revisó por encima y se la llevó. El otro me entregó las dos cosas que había pedido y salió sin mediar palabra. Me encasqueté los auriculares y sintonicé con algunos temas de la base musical arcaica, subí el volumen y pensé que un día me quedaría sordo.

Ahora necesitaba ver qué demonios habían puesto para controlar todo lo que hiciera en el ordenador. Aparte de tenerme fichado con las cámaras de las paredes, que seguro que tenían una resolución como para ver cada molécula de la pantalla del ordenador o sacarme una foto de un poro de la cara. Al conectar el ordenador, éste me mostró varias opciones, una conexión a diferentes entornos operativos, una conexión a la base de datos informativa con el rótulo parpadeante de "deshabilitado", una conexión a mensajería también anulada y una conexión a sistemas internos de control también desconectada.

-Listillos –pensé haciendo una mueca con los labios-. No tenían necesidad de poner esas opciones en el terminal, simplemente las podían haber quitado, no hacía falta que las pusierais ahí tan obvias y con sus rotulitos de deshabilitadas.

Entré en la opción de sistemas operativos, tenía una lista de una veintena de entornos y sistemas operativos diferentes. Abrí la opción "sistema operativo nuevo", sección "crear sistema operativo". Para entonces ya sentía curiosidad por saber dónde habría dejado su firma la gente que había preparado este ordenador, siempre se deja algo en alguna parte a modo de firma personal, es una vieja costumbre o más bien un tic, de todos los programadores desde el principio de la era informática. Sólo me faltaba entender la psicología de los que habían programado este cacharro para poder empezar a suponer, cómo y dónde habían dejado la firma.

-Son gente austera, simple, sin gráficos, fondo negro, letras color naranja –pensé intentando hacerme una idea de cómo eran los tipos que estaban detrás de la programación del ordenador-. Seguro que ahora deben estar todos arremolinados detrás de un terminal viendo cómo se comporta su criatura ante mí. Vamos a ver si es accidental lo del color naranja de las letras. Busqué si tenía alguna opción para cambiar colores de pantalla y letras, tamaños y tipos de letras, así como cambiar la sensibilidad de pulsaciones del teclado.



-Nada –pensé sonriendo para mis adentros-. No se puede cambiar. Así que los chicos quieren que trabaje con esa configuración. Ahora sólo tengo que hacer memoria y recordar cuándo y cómo se usaba eso. Creo que era típico que las máquinas del sistema operativo arcaico Unix estuvieran configuradas así, negro con letras naranjas. O sea que como saben que sé algo de Historia sobre este tema me hacen un pequeño guiño. Si recordara qué características tenía ese sistema.

Comencé a escribir un programa basado en sistemas holográficos, uno sencillo, para ver cuánto podía avanzar y si realmente podía emular la lógica, saber cómo podría haberlo hecho el skiny. Busqué otro tema en la red, encontré "Me and Bobby McGee" de mi vieja amiga y sonreí cuando escuché por millonésima vez esa voz. Curioso, mientras más tenso estaba, más antiguas eran las canciones que me apetecía escuchar. De golpe, me vino una idea.

-Unix. Se usaba para comunicaciones antiguas, ésa era una de sus características... –pensé mientras tecleaba líneas de comando-. Así que a estos chicos les gustaba aquello, o sea que deben tener aquí dentro, en alguna parte, un sofisticado sistema de comunicaciones entre terminales.

Cambié varias líneas anteriores de comandos y comencé a escribir un programa sencillo, con algunas líneas que me permitieran disimuladamente hacer otras cosas, pero me detuve. Si tenían a alguien que estuviera trabajando en sistemas similares, y lo tendrían, se vería el truco a mil kilómetros. Me quedé pensando un buen rato y encendí la luz que tenía en la pared sobre la cabeza, la dirigí al monitor y no producía ni un maldito reflejo que molestara a ninguna de las cámaras, malditos monitores antirreflejo.

-Molestar –pensé sonriendo.

Comencé a escribir de nuevo, no me ocupó más de cinco líneas, unos diez minutos largos. Cuando ejecuté el programa, cambió el entorno gráfico de la pantalla. Azul oscuro con letras blancas. Sonreí interiormente y continué escribiendo otra pequeña subrutina, una de comunicaciones. Para intentar emular lo que había hecho el skiny. No sabía bien qué iban a hacer "los que miraban detrás", pero intuía que no les habría gustado que cambiara su pequeña firma personal.

-Un momento, si estoy en un entorno nuevo, escribiendo un programa nuevo, cómo me vigilan –pensé entrecerrando ligeramente los ojos-. ¿Con algún programa que lo graba todo? ¿En este entorno? Eso significaría que esto no es más que una ventana, un subconjunto, de un



sistema operativo mayor que lo controla todo, que tiene poder sobre éste. Sí, sería lo lógico. Vamos a comprobarlo.

Tecléé unas cuantas líneas de comandos que hacían un bucle de programa que se autoalimentaba exponencialmente. Si la teoría de control por software superior era cierta, en pocos minutos se congelaría la pantalla, si no era así, el programa se detendría solo mostrando la instrucción "F3AM" antes de saturar el propio entorno holográfico.

Los minutos pasaban y nada sucedía, pensaba en los que miraban desde el otro lado y lo que estarían diciendo, supongo que se estaban riendo de mí al ver que había metido la pata. No había sido tan tonto de escribir un programa obviamente en bucle continuo, simplemente había introducido una pequeña variable que parecía un error de cálculo fractal. Pero si sospechaban algo, me fundirían aquí mismo. Cuando la pantalla mostró las letras F3AM, puse cara de malestar, actuando como si me hubiera equivocado, pero respiré aliviado en mi interior. Volví a abrir el editor de programas y fingí buscar el error. Ya sabía lo que quería. No era una ventana, no me controlaban por software, sino por hardware. Seguro que me habían instalado un pequeño chip en el teclado que repetía todo lo que escribía en otros monitores. Es lo más eficaz y lo más simple.

El siguiente paso era obvio, cambiar la configuración del teclado, pero cómo sin que se notara. Debía ser un biochip de memoria volátil de unos cuantos terabits, así que saturarlo no parecía probable. El teclado era uno profesional avanzado con las 210 teclas típicas, cada una de ellas con triple función.

-¿Habrán arreglado el defecto que traían estos teclados? –pensé mirando al techo y masajeándome el brazo, que me dolía un poco-. La combinación de cuatro teclas concretas hacía que los microcircuitos del teclado se quemaran, aunque eso de poca ayuda me iba a servir. Si pudiera destripar el cacharro, le podría sacar los cables de fibra del biochip controlador y conectarlos para hacer un segundo teclado virtual. Pero con las cámaras delante... Puse a un lado el teclado y me incorporé, echando las sábanas sobre el propio teclado de modo que pareciera casual. Me senté en el borde de la cama y me dirigí a la puerta del baño. Arrastrando los pies y abriendo las piernas, para que no me rozaran con los apósitos que llevaba. Antes había visto que salía una cánula del propio vendaje, así que supe que era para poder mear.

Tras un buen rato y un dolor como si me estuvieran despellejando, conseguí terminar y lentamente me dirigí a la cama. Me eché en ella y me desabroché la parte superior del uniforme verde tornasolado, como si tuviera calor. Apagué la luz y fingí quedarme dormido. Tenía que hacer los



siguientes movimientos extremadamente espaciados en el tiempo, para que no se notara nada.

Una hora más tarde tenía en la mano la punta del tenedor, debajo de las sábanas y cerca del teclado. Me costó otra hora abrir una de las pestañas del teclado sin que se notara nada. Para cuando tuve abierto el cacharro, empecé a tener miedo de que viniera alguien. En cualquier caso, era mi única oportunidad. Cuando por fin localicé a tientas lo que creía que era el biochip de control, noté que tenía tres cables minúsculos, pero sin ver los colores me iba ser casi imposible. Tanteando vi a qué partes iban conectados los cables y eliminé uno de los cables, me quedaban dos. Empecé a sudar mucho, sabía que lo tenía que echar a suertes, así que elegí uno y lo reconecté haciendo un pequeño puente que creía me permitiría tener dos teclados por el mismo precio, uno real y otro virtual. Hasta que no conectara el ordenador no sabía si la suerte me había acompañado. Tardé un par de horas más en cerrarlo todo y esconder el tenedor.

Esperé un buen rato y fingí despertarme, encendí la luz y me incorporé en la cama. Miré el ordenador por un instante y me puse los auriculares. Conecté el ordenador. Pulsé la tecla "key" y me mostró otra ventana, una virtual. Respiré aliviado, ahora podía lanzar un programa que me sirviera de pantalla, uno con el retardo y las pausas de mis pulsaciones. Y en la otra ventana, que quedaría detrás, podría hacer algo más interesante. De momento, ya tenía a los espías entretenidos con rutinas que se iban escribiendo solas, nada interesante, pero los mantendría ocupados. Ahora tenía que decidir los primeros pasos que tendría que dar.

-Las doce de la noche, buena hora –pensé chasqueando la lengua-. Primero, datos médicos, a ver qué coño me han hecho.

Al poco, ya estaba dentro del sistema médico del edificio. Busqué mi ficha, intentando no delatar mi presencia, así que me hice pasar por un programa centinela en comprobación de rutina. Encontré mi ficha médica. Ahora tenía que leerla, línea a línea en la minúscula ventana que me había dejado en la parte inferior del monitor, suponía que no se iban a molestar en mirar ahí, además me fui a la otra pantalla y me puse a teclear de verdad.

Ficha médica:

Paciente: 5S-26L-12
Nombre: Elio Locus Card
Nick oficial: Deckard
Edad: 27 años.



Cadena genética: Archivo 46-K-344-D-178-I

Filiación sanitaria: Social-Health-Network ®

Código retina: 70-45-13-59

Inducción corporal: 11-8-56-52

Código electrónico: unoadostresndostcincodoswseisadostresd

Intervención por parte del oficial médico pacificador 3-7-YE.

Alfa.- Revisión general. Constantes débiles, pérdida de sangre. Escáner electromagnético realizado, encontrándosele un bioimplante en zona A345, a 2,0008 mm de la hipófisis. Bioimplante tipo input-output de última generación, manufacturado por Brain-Waves Condominion ® .

Una herida superficial de tipo punzante-contusiva en la zona entre los ojos y la parte superior de la nariz. Una herida profunda, con pérdida de abundante sangre en zona inguinal.

Se procede a la extirpación del bioimplante. Se procede a la cura de herida superficial sobre la nariz. Se procede a la cura y sutura de herida inguinal. Se le introduce en riego sanguíneo estimulante para recuperación inmediata. Se le aumentan las defensas para restablecer integridad en el menor tiempo posible, posibles contraindicaciones: desorientación, depresión, adicción en caso de aumentar la dosis. Se le inyecta el bioagente médico 45KDO para disminuir riesgos y aumentar la velocidad de regeneración. A petición del oficial al mando, orden W38/T, este bioagente podrá liberar una toxina mortal en caso de ser ordenada su liberación. Orden: 22-1345-H, clave de acceso: Y78736U343000.

-Joder... -dije en voz alta, absorto como estaba, se me escaparon las palabras de la boca, así que apreté los labios y seguí pensando-. No les bastaría con un simple disparo en la cabeza... joder, cabrones. Bueno, vale, lo siguiente es cambiar la clave y encriptar el fichero, ya veremos cómo me quito ese bioagente.

Accedí a los programas de control médico, y por un momento miré de reojo a una de las cámaras, pensando en si me verían hacer lo que estaba haciendo. En cuanto entré en el programa que contenía la orden 221345-H le cambié la clave de acceso, le puse una cadena de veinticinco números y letras y lo encripté con un pequeño y malvado algoritmo que tenía para casos jodidos, por si acaso. Ahora tenía que saber dónde demonios estaba y cómo podría escapar de aquí. Encontré un mapa, pero en la minúscula ventana que me había dejado para leer sólo veía líneas sin sentido, así que busqué información en forma de texto, para poder leerla aunque fuera línea a línea. Una base de los pacificadores en mitad de ninguna parte, exactamente en el Desierto Pirinorte.

-Así que no quieren que me escape -pensé mordiéndome el labio



superior-. Estoy a 1 M de NovaHispalis, no demasiado lejos, claro, eso si me puedo acercar a alguna ciudad desde aquí.

En ese momento la puerta se abrió y apareció una insignia médica en la bocamanga de un traje sanitario. Un cirujano pacificador venía a verme. Rápidamente, le di a la tecla "key" y cambié a la pantalla falsa, tecleando para disimular. Dos mujeres más entraron. El que parecía el superior jerárquico tendría unos cincuenta años, cara tersa típica de ingeniería y abundante pelo de color negro brillante encima de la gran cabezota. Las otras dos deberían rondar los cuarenta, una con pelo corto de color blanco y la otra completamente rapada, al estilo pacificador. Una costumbre entre las féminas pacificadoras.

-Veo que se encuentra con ánimos para usar el ordenador –dijo el hombre mirando un monitor que había a los pies de la cama.

-¿Quién me ha abierto en canal? –pregunté mirándolos a los tres alternativamente.

-¿Le duelen las heridas? –preguntó la del pelo blanco, mientras se acercaba con una especie de pequeño cilindro sensor en la mano.

-No mucho, parece que me recupero por momentos.

La mujer me pasó por la frente el pequeño cilindro, mientras asentía con la cabeza. La calva me destapó y comenzó a palparme el estómago.

-Creo que en unas veinte horas estará como nuevo –dijo el hombre, tecleando en el monitor de los pies de la cama-. Está reaccionando muy bien al bioagente. ¿Nota mareos o se le nubla la vista... sensación de somnolencia?

-No que yo sepa. ¿Y qué pasa después de esas veinte horas? ¿Adónde iré? –pregunté cruzando los brazos.

-Eso ya será cosa del oficial de guardia, no nuestra –contestó el médico apretando los labios.

-Está bien, niveles de recuperación por encima de la media –dijo la médica del pelo blanco, mientras guardaba en el bolsillo el sensor.

-No hay signos de inflamación del páncreas, el bioagente está a pleno rendimiento –habló la otra dejándome el estómago peor que estaba de tanto apretar.

-Por cierto, ya que no sé quién me ha operado, ¿dónde estamos? Si no es mucho preguntar –haciéndome el ingenuo.

-Supongo que no le hará ningún mal, ni ningún bien, saberlo –dijo el médico encogiéndose de hombros-. Estación 101, en el Desierto Pirinorte. Como ya sabrá, todas las estaciones que incluyen un cero en su numeración son de máxima seguridad...

-Ah, entre montañas peladas y seguro que el único acceso será por vía aérea, ¿verdad? –contesté interrumpiéndolo.



-No es el mejor destino que tenemos, aunque los hay peores... –dijo mientras se marchaban los tres, cerrando la puerta tras de sí.

-Bien, bien, seguro que deben tener comunicación aérea casi a diario –pensé masajeándome un poco el estómago esperando que se me pasara el dolor de las zarpas de la matasanos-. Sólo tengo que localizar un aparato, eliminar a todos los guardias que me encuentre por el camino, entrar en la nave y conducirla hasta casa. Bueno, dentro de casi un día supongo que podré andar, pero, ¿cómo demonios salgo de este búnker?

Cuando estoy muy concentrado, cualquier mosca que pase me asusta mortalmente. En ese momento me llevé un susto de muerte. Una línea de texto apareció en la pantalla del terminal, abajo, en la pantalla virtual. Automáticamente miré de reajo las cámaras de la habitación.

> :) <

Me quedé un instante mirando la línea de texto. Por seguridad, no hice nada.

> Tu frase ahora es: “qué demonios haces aquí”... <

Miré de reajo, nervioso. Las tres cámaras se me hacían como ojos que me miraban inquisidoramente.

>¿Se te ha comido la lengua el gato? Ah, claro que ahora no se les puede hablar a los ordenadores. Y no pongas esa cara de desconfiado, no te pega.<

Me dirigí a una de las cámaras y le hice un sonoro corte de manga, me olvidé que ese brazo no lo tenía fino del todo y me dolió.

>Muy gracioso.<

Con más miedo que otra cosa, tecleé en la ventana donde se veían las líneas escritas.

>Ahora mismo debes haber disparado una docena de alarmas, amiguito, incluido las cámaras de esta habitación... <

>Recuerda que a veces, lo más difícil, no es más que una forma sencilla multiplicada mil veces. <

>¿Qué quieres de mí? Ya sabes que estoy buscando dejarte fuera de circulación.<

>Y soy yo quien te encuentra siempre. <

>Pues ya sabes, sácame de aquí. Y déjame ver lo que escondes detrás de tu cara amarilla con esa sonrisa estúpida.<



>Por cierto, fue muy divertido ver cómo desde tierra controlaron el aterrizaje donde a ellos les venía bien. <

No sabía si era de verdad el skiny o no, ¿o si era una trampa? Pero, ¿para qué tenían ellos necesidad de tanta sutileza? Podían hacer conmigo lo que quisieran.

>Vamos, Deckard, el planeta es muy grande como para que por azar cayeras en manos de tus amigos uniformados... <

>¿Y las cámaras? ¿Y el teclado? Te seguirán la pista. <

>Ah, las cámaras llevan unos minutos emitiendo señales grabadas de ti, desde que encendiste la luz, con saltos sincronizados, para no entrar en bucle repetido. El teclado lo he derivado a un programa que está escribiendo instrucciones holográficas. Y como tú ya te has encargado de cambiar la clave del bioagente, menos trabajo para mí. <

>Eres un verdadero cabrón de las redes, ¿lo sabías? <

Tecléé algo más tranquilo. Sin olvidar que este tipo sabía demasiado bien lo que se hacía.

>Es hora de que charlemos con más calma, a lo mejor tengo un papel para ti en mi obra. <

>Siempre lo he tenido, cara amarilla, desde el principio, como han hecho todos. <

>¿Y por qué creo que me admiras?<

>Haces acrobacias en toda la red. Pero, no, no te admiro, me sorprendes un poco como enigma, pero no olvido que por tu culpa y sólo por tu culpa, ha habido violencia y muerte. <

>¿Ah, sí? <

> Sácame de aquí, déjame recuperar a El-Abuelo, y te dejaré que lleves esta locura de revolución como mejor te dé la gana, no haré nada para detenerte. <

>¿Sabes? Hay un pequeño problema. <

>¿Cuál, oh, gran mago de la red, que tú no puedas solucionar? <

>Los marcos de cada puerta están programados con tu inducción corporal, si pasas por alguno de los 367 arcos entre salas y pasillos que hay en esa base, sonará una alarma y ese sistema no está conectado a ninguna red local o global. <

Me quedé pensando un buen rato en lo que acababa de teclear el skiny, la inducción del cuerpo es única en cada uno de nosotros, no se puede cambiar ni modificar, es mucho más efectiva y sutil que los antiguos escáners de retina o las toscas huellas digitales. Eso sin contar que desde que naces tienen en bancos de datos los códigos de tu cadena genética, bueno, la de todo el mundo, para ser exactos. Después comencé a teclear.



> Sólo veo dos opciones, o no paso por las puertas o no importa que suenen las alarmas si nadie las atiende. <

> Veremos qué se puede hacer. Por cierto, sólo quieres recuperar a El-Abuelo. ¿Y a la pobre Eve? <

> Gracias a ella murió Michelle y toda esa gente en el local de Juan, casi me matan a mí luego en la lanzadera. <

> ¿Crees que ella era la única que sabía que estarías en el local aquél? <

Por un instante, iba a contestarle lo primero que me pasó por la cabeza, pero me contuve un poco y me lo pensé mejor.

> No te creo. Digas lo que digas, no te voy a creer. Ya está bien de ir escuchando a todo el mundo. A la única que voy a escuchar a partir de ahora es a mi música. <

> ¿Quién te envió el fichero de Michelle a tu portátil? <

> ¿Tú... verdad? <

> Y fui yo quien le dio tu localización a los pacificadores, no Eve. <

No podía creerlo, estaba haciendo esfuerzos para sobreponerme y actuar calmado, no tenía que creer en lo que dijera, fuera lo que fuese.

> ¿Qué objeto tenía que mataran a tanta gente? <

> Ellos jamás habrían tenido que mover tantas piezas para cubrirlo todo. Tú jamás habrías entendido cómo funcionan, jamás estarías en la situación en la que estás ahora. Además, no pensé que fueran tan... expeditivos. <

> Asesino. <

> Cuando llegó Michelle a ti, ya estaba muerta. Hacía días que le habían inoculado el virus del Síndrome Striker. <

> ¿Por qué? Ella les seguía siendo útil. No te creo, eso no es cierto... <

> Piensa, Deckard, ahora intentarán hacer lo mismo con Eve y con El-Abuelo. Ya no les sirven, quieren *material* nuevo, gente que no sepa demasiado de los proyectos en marcha. Pero antes o después todo el mundo acaba sabiendo cosas y es entonces cuando mueren de extrañas enfermedades. <

> ¿Y conmigo? <

> Eso ya lo hablaremos en otro momento y en otro lugar. Cuando oigas las explosiones, corre hacia la bahía de ataque G-8, confío en que allí quedé en pie una nave aérea. Una vez estés dentro yo la dirigiré desde aquí. <

> Espera un momento. <

> Suerte, Deckard. <



> Mierda, espera, maldita sea... <
> :) <

La pantalla se quedó muda. Me quedé mirando el monitor, por un instante que me pareció una eternidad, intentando entender todo lo que me había dicho el skiny. No tuve mucho tiempo. Una explosión se oyó lejana, una segunda en otra zona, otra más, una más cerca, hasta un total de diez. La última arrancó de golpe la puerta de mi habitación, que cayó hacia dentro arrojando escombros hasta mi cama. Como pude me levanté y me acerqué a mirar fuera, los dos pacificadores estaban en el suelo, inconscientes, les quité los disparadores y arrastré a uno dentro de mi habitación, tardé un buen rato en ponerme su uniforme por encima de la ropa que llevaba yforcé la visera hacia abajo para que cubriera lo más posible el fibro de entre los ojos. Al cabo de un buen rato comencé a andar por los pasillos, buscando algún signo o indicador que me marcara la salida hacia la bahía G-8. El skiny estaba usando los sistemas de gases de extinción de incendios que recorrían las paredes del bunker, inyectando algún producto químico explosivo. Por todas partes se veían escombros, pacificadores heridos, gritos y lamentos salían de todos los rincones. Volví a pensar en Michelle bajo los escombros, su mano agarrada a la mía. Me crucé con un pacificador que iba herido y sangraba mucho. Las alarmas habían saltado todas y me daba igual pasar por los detectores de inducción, total, otra alarma más sonando no significaría gran cosa en medio de este caos. Por fin vi un rótulo que indicaba claramente H-6, así que me estaba acercando a la zona de bahías. Tardé casi una hora en llegar a la zona indicada por el skiny.

Allí había varios pacificadores que salían para asistir a los heridos, quedaban dos naves atracadas. Una estaba echando bastante humo de uno de los laterales. Por los conocimientos técnicos que poseo de estos aparatos, o sea ninguno, me dirigí a la nave que estaba libre del humo denso y negro. Entré dentro del pequeño carguero que no echaba humo y empecé a buscar el mando de cierre de la puerta exterior. Tantos botones, palancas, interruptores, luces, indicadores, y ninguno tenía el rótulo "para cerrar la puerta, pulse aquí".

-¿Por qué demonios siempre me pasa lo mismo? –pensé, poniendo cara de pobre pato feo. En los momentos más apurados, se me ocurren las ideas más estúpidas o me distraigo pensando en cualquier chorrada.

En ese instante, apareció un pacificador al fondo de la bahía de ataque, sacó un arma y echó a correr. Gritaba algo, pero yo no estaba para escuchar sus monsergas. En ese instante, la puerta se cerró y los monitores parpadearon, en ellos se veía un montón de códigos y rótulos pasando rápidamente por las pantallas.



-Justo a tiempo, muy justo –me dije mascando las palabras en la boca con cierta tensión, suponiendo que el skiny había tomado control de la nave.

Me senté en uno de los sillones frontales del carguero y lo mejor que pude me ajusté el complicado cinturón. Una fuerte vibración y una ligera sacudida, me indicaba que la nave se había puesto en marcha.

-¿Dónde estará el mando para abrir las trampillas que cubren las ventanas? –me dije entre dientes mientras buscaba algún indicador que sirviera para eso-. Joder, esto de no poder dar órdenes verbales es una bronca.

No me hacía ninguna gracia hacer un viaje en un aparato volador y no poder ver por dónde iba, me daba una sensación de angustia, no sé si llegaría a la claustrofobia, pero no me gustaba nada. Por fin encontré un botón táctil claramente rotulado. Las trampillas que cubrían las ventanas se desplazaron a los lados y a través de los cristales podía ver por dónde iba. El cielo estaba cubierto, triste y melancólico.

Antes, todo esto era un gran cadena de montañas boscosas. Ahora sólo se podían ver rocas desnudas con algunos matojos escasamente repartidos por las laderas. Estaba dejando a un lado la gran montaña donde los pacificadores tenían la base. Al frente, una bruma grisácea se extendía por el cielo. La misma bruma que cubría todos los campos. En cuanto salías de las ciudades el cielo se volvía grisáceo. Aún quedaban lugares con cielos azules y despejados, pero eran pocos y caros. No tenía la más mínima intención de ponerme pesimista y volver a pensar en todas las cosas que habían cambiado, sobre todo porque la mayoría de ellas se les habían ocultado a la gente. Es muy fácil reescribir la Historia y contarla como mejor te convenga. Una vez me colé con El-Abuelo en unos archivos de acceso restringido, estaba harto de que yo no entendiera nada. Menudo cabreo pilló el viejo. Eran datos históricos reservados, de cómo el tráfico de productos tóxicos había pasado a ser algo muy rentable y del silencio del Orden a este respecto. Era más conveniente no desestabilizar al contribuyente aunque el planeta se estuviera yendo a la mierda. Siempre han usado aquello de “quien venga detrás que lo arregle”. Según El-Abuelo, parte del problema es que una generación humana dura demasiado poco para la escala de otros procesos naturales, y una sola persona es capaz de hacer cosas en un instante que pueden seguir afectando cien, quinientos o veinte mil años después, como el lío de Chernobyl o el que pasó años después cerca de Lyon. La cosa es que los responsables no vivirán para verlo.



-Ah, déjalo ya –pensé chasqueando la lengua, no tenía ganas de seguir pensando en lo terrible que era todo.

Autor: Antonio Moreno Álvarez; Sevilla, España.

Quimera. Novela inédita por entregas. Capítulo 8.

Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.